

Camino viejos

He ido varias veces a la Puebla por el camino viejo. Lo hacía para llegar pronto y no me perdía de milagro.

Con el mismo motivo y por causas diversas, he cruzado a las horas más impropias, diferentes caminos que nadie pasa ya: el de los Baños, el viejo de Herencia, el del Gamonar. Caminos desparramados,

llenos de abrojos, tan abandonados que, en muchos trozos, cubiertos de cardos, no se descubre una rodada o huella de herradura que sirva de guía. Nadie recorre estos caminos abandonados y el que se aventura por ellos, ha de ir con más tiento que el Ángel de Gaspar y sufrir las más acentuadas sensaciones de soledad y de pobreza.

También el Ángel era un camino viejo. Fué un comerciante meticulado, exacto, hasta el último día de su vida.

Al final puso su tiendecilla donde estuvo la barbería de «La Fama», otro camino abandonado y borrado de la superficie lugareña.

Vendía hilos, botones, cintas y puntillas. Era de una lentitud desesperante, pero de una perseverancia inigualable y su tienda un modelo de orden y clasificación, atendida hasta la media noche, a puerta cerrada, anotando, ordenando, borrando y aclarando los más mínimos detalles antes de retirarse.

Tenía unas callosidades disformes en ambos pies y tan doloridas que apenas podía andar. Llevaba botas de paño siempre y caminaba tan despacio, que no se le veía moverse y hacía falta observarle gran rato para darse cuenta de que había avanzado medio metro. Era el asombro de cuantos le veían que, al encontrarlo, después de varias horas de haberlo visto, se iban comentando: ¡Vaya donde llega el Ángel ahora! Baste decir que, desde la calle de la Victoria, donde vivió últimamente, a la tienda en la de Castelar, tardaba medio día sin parar de andar. ¡Si miraría dónde ponía los pies! Pero lo maravilloso es que no dejara nunca de abrir su tienda.

El Ángel era un santo varón, pero parecía una sombra, un bulto, que transitaba extrañamente por la calle de la Marina, atento a sus pies, sin poder mirar a ninguna parte y cruzado por la multitud, sin que nadie le hablara, como si no se le conociera y tal vez pensando que para qué quería vivir. Pero el Ángel, aunque dolorido, continuaba su marcha. Presentía el peligro. El camino que no se sigue, se borra, se pierde, y el del Ángel de Gaspar, lleno de virtudes comerciales relevantes, parece que no ha existido.

Hacía justamente lo debido: caminar, aunque fuera como el que pisa huevos, para impedir el brote de la raíz del olvido, soterrada siempre en la calzada de todos los caminos viejos.

PREGONES ANTIGUOS

Uno que no entendí nunca, fué el de las churreras. Muy de mañana, en un tono agudo y prolongado, se oía: «hilo, aaaah, tila, aaah» Y luego, «Combros calientes».

«La Canena», tan guapa como desastrosa, voceaba: «jabonera, **malvarisco** y **palo duz**».

Pajarillas y tirabuzones de la «Tía Balbina», en jarras de Talavera, llenas de serrín.

Las chicas de los requesones, llevaban un pañuelo hecho rodete sobre la cabeza y encima, la caja con varias filas de escuillas, a perrilla dos

Tenían fama los de «La Granaera», por lo limpia.

Ofrece el caso de las requesoneras la particularidad de ser la única cosa que en Alcázar se ha transportado en la cabeza habitualmente.

Por aquel tiempo, se veía en el Paseo al tío de los camarones, como en los puertos meridionales; al hombre de la bandeja de mimbre, con pocillo de medir y un paño por encima, preguntando camaroncillos, salaillos, con pelillos en el hociquillo, a perra la medida.